

ANEXOS

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI*

DÉCIMA QUINTA CONFERENCIA¹

INTERNACIONALISMO Y NACIONALISMO

En varias de mis conferencias he explicado cómo se ha solidarizado, cómo se ha conectado, cómo se ha internacionalizado la vida de la humanidad. Más exactamente, la vida de la humanidad occidental. Entre todas las naciones incorporadas en la civilización europea, en la civilización occidental, se han establecido vínculos y lazos nuevos en la historia humana. El internacionalismo no es únicamente un ideal; es una realidad histórica. El internacionalismo existe como ideal porque es la realidad nueva, la realidad naciente. No es un ideal arbitrario, no es un ideal absurdo de unos cuantos soñadores y de unos cuantos utopistas. Es aquel ideal que Hegel y Marx definen como la nueva y superior realidad histórica que, encerrada dentro de las vísceras de la realidad actual, pugna por actuarse y que, mientras no está actuada, mientras se va actuando, aparece como ideal frente a la realidad envejecida y decadente. Un gran ideal humano, una gran aspiración humana no brota del cerebro ni emerge de la imaginación de un hombre más o menos genial. Brota de la vida. Emerge de la realidad histórica. Es la realidad histórica presente. La humanidad no persigue nunca quimeras insensatas ni inalcanzables; la humanidad corre tras de aquellos ideales cuya realización presente cercana, presente madura y presente posible. Con la humanidad acontece lo mismo que con el individuo. El individuo no anhela nunca una cosa absolutamente imposible. Anhela siempre una cosa relativamente posible, una cosa relativamente alcanzable. Un hombre humilde de una aldea, a menos que se trate de un loco, no sueña jamás con el

* En José Carlos MARIÁTEGUI: *Historia de la crisis mundial (Conferencias años 1923 y 1924)*. Empresa Editora Amauta. Lima, 1973.

1 Pronunciada el viernes 2 de noviembre de 1923, en el local de la Federación de Estudiantes (Palacio de la Exposición). Publicado íntegramente en *Generación*: Lima, abril-mayo de 1954. La versión periodística aparece en *La Crónica* del 6 de noviembre del mismo año.

amor de una princesa ni de una multimillonaria lejana y desconocida, sueña en cambio con el amor de la muchacha aldeana a quien él puede hablar, a quien él puede conseguir. Al niño que sigue a la mariposa puede ocurrirle que no la aprese, que no la coja jamás; pero para que corra tras ella es indispensable que la crea o que la sienta relativamente a su alcance. Si la mariposa va muy lejos, si su vuelo es muy rápido, el niño renuncia a su imposible conquista. La misma es la actitud de la humanidad ante el ideal. Un ideal caprichoso, una utopía imposible, por bellos que sean, no conmueven nunca a las muchedumbres. Las muchedumbres se emocionan y se apasionan ante aquella teoría que constituye una meta próxima, una meta probable; ante aquella doctrina que se basa en la posibilidad; ante aquella doctrina que no es sino la revelación de una nueva realidad en marcha, de una nueva realidad en camino. Veamos, por ejemplo, cómo aparecieron las ideas socialistas y por qué apasionaron a las muchedumbres. Kautsky, cuando aún era un socialista revolucionario, enseñaba, de acuerdo con la historia, que la voluntad de realizar el socialismo nació de la creación de la gran industria. Donde prevalece la pequeña industria, el ideal de los desposeídos no es la socialización de la propiedad sino la adquisición de un poco de propiedad individual. La pequeña industria genera siempre la voluntad de conservar la propiedad privada de los medios de producción y no la voluntad de socializar la propiedad, de instituir el socialismo. Esta voluntad surge allí donde la gran industria está desarrollada, donde no exista ya duda acerca de su superioridad sobre la pequeña industria, donde el retorno a la pequeña industria sería un paso atrás, sería un retroceso social y económico. El crecimiento de la gran industria, el surgimiento de las grandes fábricas mata a la pequeña industria y arruina al pequeño artesano; pero al mismo tiempo crea la posibilidad material de la realización del socialismo y crea, sobre todo, la voluntad de llevar a cabo esa realización. La fábrica reúne a una gran masa de obreros; a quinientos, a mil, a dos mil obreros; y genera en esta masa no el deseo del trabajo individual y solitario, sino el deseo de la explotación colectiva y asociada de ese instrumento de riqueza. Fijaos cómo comprende y cómo siente el obrero de la fábrica la idea sindical y la idea colectivista; y fijaos, en cambio, cómo la misma idea es difícilmente comprensible para el trabajador aislado del pequeño taller, para el obrero solitario que trabaja por su cuenta. La conciencia de clase germina fácilmente en las grandes masas de las fábricas y de las negociaciones vastas; germina difícilmente en las masas dispersas del artesanado y de la pequeña industria. El latifundio industrial y el latifundio agrícola conducen al obrero primero a la organización para la defensa de sus intereses de

clase y, luego, a la voluntad de la expropiación del latifundio y de su explotación colectiva. El socialismo, el sindicalismo, no han emanado así de ningún libro genial. Han surgido de la nueva realidad social, de la nueva realidad económica. Y lo mismo acontece con el internacionalismo.

Desde hace muchos lustros, desde hace un siglo aproximadamente, se comprueba en la civilización europea la tendencia a preparar una organización internacional de las naciones de Occidente. Esta tendencia no tiene sólo manifestaciones proletarias; tiene también manifestaciones burguesas. Ahora bien. Ninguna de estas manifestaciones ha sido arbitraria ni se ha producido porque sí; ha sido siempre, por el contrario, el reconocimiento instintivo de un estado de cosas nuevo, latente. El régimen burgués, el régimen individualista, libertó de toda traba los intereses económicos. El capitalismo, dentro del régimen burgués, no produce para el mercado nacional; produce para el mercado internacional. Su necesidad de aumentar cada día más la producción, lo lanza a la conquista de nuevos mercados. Su producto, su mercadería no reconoce fronteras; pugna por traspasar y por avasallar los confines políticos. La competencia, la concurrencia entre los industriales es internacional. Los industriales, además de los mercados, se disputan internacionalmente las materias primas. La industria de un país se abastece del carbón del petróleo del mineral de países diversos y lejanos. A consecuencia de este tejido internacional de intereses económicos, los grandes bancos de Europa y de Estados Unidos resultan entidades complejamente internacionales y cosmopolitas. Esos bancos invierten capitales en Australia, en la India, en la China, en el Transvaal. La circulación del capital, a través de los bancos, es una circulación internacional. El rentista inglés que deposita su dinero en un banco de Londres ignora tal vez a dónde va a ser invertido su capital, de dónde va a proceder su rédito, su dividendo. Ignora si el banco va a destinar su capital, por ejemplo, a la adquisición de acciones de la Peruvian Corporation, en este caso, el rentista inglés resulta, sin saberlo, copropietario de ferrocarriles en el Perú. La huelga del Ferrocarril Central puede afectarlo, puede disminuir su dividendo. El rentista inglés lo ignora. Igualmente, el carrilano, el maquinista peruanos ignoran la existencia de ese rentista inglés, a cuya cartera irá a parar una parte de su trabajo. Este ejemplo, este caso, nos sirven para explicarnos la vinculación económica, la solidaridad económica de la vida internacional de nuestra época. Y nos sirven para explicarnos el origen del internacionalismo burgués y el origen del internacionalismo obrero que es un origen común y opuesto al mismo tiempo. El propietario de una fábrica de tejidos de Inglaterra tiene interés en pagar a sus obreros menor salario

que el propietario de una fábrica de tejidos de Estados Unidos, para que su mercancía pueda ser vendida más barata y más ventajosa y abundantemente. Y esto hace que el obrero textil norteamericano tenga interés en que no baje el salario del obrero textil inglés. Una baja de salarios en la industria textil inglesa es una amenaza para el obrero de Vitarte, para el obrero de Santa Catalina. En virtud de estos hechos, los trabajadores han proclamado su solidaridad y su fraternidad por encima de las fronteras y por encima de las nacionalidades. Los trabajadores han visto que cuando libraban una batalla no era sólo contra la clase capitalista de su país sino contra la clase capitalista del mundo. Cuando los obreros de Europa lucharon por la conquista de la jornada de las ocho horas, luchaban no sólo por el proletariado europeo sino por el proletariado mundial. A vosotros, trabajadores del Perú, os fue fácil conquistar la ley de ocho horas porque la ley de ocho horas estaba ya en marcha en Europa. El capitalismo peruano cedió ante vuestra demanda porque sabía que el capitalismo europeo cedía también. Y, del mismo modo, por supuesto, no son indiferentes a vuestra suerte las batallas que libran en la actualidad los trabajadores de Europa. Cada uno de los obreros que cae en estos momentos en las calles de Berlín o en las barricadas de Hamburgo no cae sólo por la causa del proletariado alemán. Cae también por vuestra causa, compañeros del Perú.

Es por esto, es por esta comprobación de un hecho histórico que desde hace más de medio siglo, desde que Marx y Engels fundaron la Primera Internacional, las clases trabajadoras del mundo tienden a crear asociaciones de solidaridad internacional que vinculen su acción y unifiquen su ideal.

Pero al mismo efecto de la vida económica moderna no es insensible, en el campo opuesto, la política capitalista. El liberalismo burgués, el liberalismo económico que consintió a los intereses capitalistas expandirse, conectarse y asociarse, por encima de los Estados y de las fronteras, tuvo por fuerza que incluir en su programa el libre cambio. El libre cambio, la teoría libre-cambista corresponde a una necesidad honda y concreta de un período de la producción capitalista. ¿Qué cosa es el libre-cambio? El libre-cambio, la libre circulación, es el libre comercio de las mercaderías a través de todas las fronteras y de todos los países. Entre las naciones existen no sólo fronteras políticas, fronteras geográficas. Existen también fronteras económicas. Esas fronteras económicas son las aduanas. Las aduanas que, a la entrada al país, gravan la mercadería con un impuesto. El libre-cambio pretende abatir esas fronteras económicas, abatir las aduanas, franquear el paso libre de las mercaderías en todos los países. En este período de apogeo de la teoría libre-cambista la burguesía fue, en suma,

eminentemente internacionalista. ¿Cuál era la causa de su librecambismo, cuál era la causa de su internacionalismo? Era la necesidad económica, la necesidad comercial de la industria de expandirse libremente en el mundo. El capitalismo de algunos países muy desarrollados económicamente encontraba un estorbo para su expansión en las fronteras económicas y pretendía abatirlas. Y este capitalismo librecambista, que no abarca por supuesto todo el campo capitalista sino, sólo una parte de él, fue también pacifista. Preconizaba la paz y preconizaba el desarme porque miraba en la guerra un elemento de perturbación y de desordenamiento de la producción. El librecambismo era una ofensiva del capitalismo británico, el más evolucionado del mundo, el más preparado para la concurrencia, contra los capitalismos rivales. En realidad, el capitalismo no podía dejar de ser internacionalista porque el capitalismo es por naturaleza y necesidad imperialista. El capitalismo crea una nueva clase de conflictos históricos y conflictos bélicos. Los conflictos no entre las naciones, no entre las razas, no entre las nacionalidades antagónicas, sino los conflictos entre los bloques, entre los conglomerados de intereses económicos e industriales. Este conflicto entre dos capitalismos adversarios, el británico y el alemán, condujo al mundo a la última gran guerra. Y de ella, como ya he tenido ocasión de explicaros, la sociedad burguesa ha salido hondamente minada y socavada, precisamente a causa del contraste entre las pasiones nacionalistas de los pueblos, que los enemistan y los separan, y la necesidad de la colaboración y la solidaridad y la amnistía recíproca entre ellos, como único medio de reconstrucción común. La crisis capitalista, en uno de sus principales aspectos, reside justamente en esto: en la contradicción de la política de la sociedad capitalista con la economía de la sociedad capitalista. En la sociedad actual la política y la economía han cesado de coincidir, han cesado de concordar. La política de la sociedad actual es nacionalista; su economía es internacionalista. El Estado burgués está construido sobre una base nacional; la economía burguesa necesita reposar sobre una base internacional. El Estado burgués ha educado al hombre en el culto de la nacionalidad, lo ha inficionado de ojerizas y desconfianzas y aun de odios respecto de las otras nacionalidades, la economía burguesa necesita, en cambio, de acuerdos y de entendimientos entre nacionalidades distintas y aun enemigas. La enseñanza tradicionalmente nacionalista del Estado burgués, excitada y estimulada durante el período de la guerra, ha creado, sobre todo en la clase media, un estado de ánimo, intensamente nacionalista. Y es ahora ese estado de ánimo el que impide que las naciones europeas se concierten y se coordinen en torno de un programa común de reconstrucción de la

economía capitalista. Esta contradicción entre la estructura política del régimen capitalista y su estructura económica es el síntoma más hondo, más elocuente, de la decadencia y de la disolución de este orden social. Es, también, la revelación, la confirmación mejor dicho de que la antigua organización política de la sociedad no puede subsistir porque dentro de sus moldes, dentro de sus formas rígidamente nacionalistas no pueden prosperar, no pueden desarrollarse las nuevas tendencias económicas y productivas del mundo, cuya característica es su internacionalismo. Este orden social declina y caduca porque no cabe ya dentro de él el desenvolvimiento de las fuerzas económicas y productivas del mundo. Estas fuerzas económicas y productivas aspiran a una organización internacional que consienta su desarrollo, su circulación y su crecimiento. Esa organización internacional no puede ser capitalista porque el Estado capitalista, sin renegar de su estructura, sin renegar de su origen, no puede dejar de ser Estado nacionalista.

Pero esta incapacidad de la sociedad capitalista e individualista para transformarse, de acuerdo con las necesidades internacionales de la economía, no impide que aparezcan en ella las señales preliminares de una organización internacional de la humanidad. Dentro del régimen burgués, nacionalista y chauvinista, que aleja a los pueblos y los enemista, se teje una densa red de solidaridad internacional que prepara el futuro de la humanidad. La burguesía misma puede abstenerse de forjar con sus manos organismos e institutos internacionales que atenúen la rigidez de su teoría y de su práctica nacionalistas. Hemos visto así aparecer la Sociedad de las Naciones. La Sociedad de las Naciones, como lo dije en la conferencia respectiva, es en el fondo un homenaje de la ideología burguesa a la ideología internacionalista. La Sociedad de las Naciones es una ilusión porque ningún poder humano puede evitar que dentro de ella se reproduzcan los conflictos, las enemistades y los de desequilibrios inherentes a la organización capitalista y nacionalista de la sociedad. Suponiendo que la Sociedad de las Naciones llegara a comprender a todas las naciones del mundo, no por eso su acción sería eficientemente pacifista ni eficazmente reguladora de los conflictos y de los contrastes entre las naciones, porque la humanidad, reflejada y sintetizada en su asamblea, sería siempre la misma humanidad nacionalista de antes. La Sociedad de las Naciones juntaría a los delegados de los pueblos; pero no juntaría a los pueblos mismos. No eliminaría los motivos de contraste entre éstos. Las mismas divisiones, las mismas rivalidades que aproximan o enemistan a las naciones en la geografía y en la historia, las aproximarían o las enemistarían dentro de la Sociedad

de las Naciones. Subsistirían las alianzas, los compromisos, las **ententes**², que agrupan a los pueblos en bloques antagónicos y enemigos. La Sociedad de las Naciones, finalmente, sería una Internacional de clase, una Internacional de Estados; pero no sería una Internacional de pueblos. La Sociedad de las Naciones sería un internacionalismo de etiqueta, un internacionalismo de fachada. Esto sería la Sociedad de las Naciones en el caso de que reuniese en su seno a todos los gobiernos, a todos los Estados. En el caso actual, en que no reúne sino a una parte de los gobiernos y a una parte de los Estados, la Sociedad de las Naciones es mucho menos todavía. Es un tribunal sin autoridad, sin jurisdicción y sin fuerza, al margen del cual las naciones contratan y litigan, negocian y se atacan.

Pero, con todo, la aparición, la existencia de la idea de la Sociedad de las Naciones, la tentativa de realizarla es un reconocimiento, es una declaración de la verdad evidente del internacionalismo de la vida contemporánea, de las necesidades internacionales de la vida de nuestros tiempos. Todo tiende a vincular, todo tiende a conectar en este siglo a los pueblos y a los hombres. En otro tiempo el escenario de una civilización era reducido, era pequeño; en nuestra época es casi todo el mundo. El colono inglés que se instala en un rincón salvaje del África lleva a ése rincón el teléfono, la telegrafía sin hilos, el automóvil. En ese rincón resuena el eco de la última arenga de Poincaré o del último discurso de Lloyd George. El progreso de las comunicaciones ha conectado y ha solidarizado hasta un grado inverosímil la actividad y la historia de las naciones. Se da el caso de que el puñetazo que tumba a Firpo en el ring de Nueva York sea conocido en Lima, en esta pequeña capital sudamericana, a los dos minutos de haber sido visto por los espectadores del match. Dos minutos después de haber conmovido a los espectadores del coliseo norteamericano, ese puñetazo consternaba a las buenas personas que hacían cola a las puertas de los periódicos limeños. Recuerdo este ejemplo para dar a ustedes la sensación exacta de la intensa comunicación que existe entre las naciones del mundo occidental, debido al crecimiento y al perfeccionamiento de las comunicaciones. Las comunicaciones son el tejido nervioso de esta humanidad internacionalizada y solidaria. Una de las características de nuestra época es la rapidez, la velocidad con que se propagan las ideas, con que se transmiten las corrientes del pensamiento y la cultura. Una idea nueva, brotada en Inglaterra, no es una idea inglesa, sino el tiempo necesario para que sea

2 Uniones transitorias que adoptan los gobiernos de algunos Estados, con fines específicos de colaboración, principalmente bélicos.

impresa. Una vez lanzada al espacio por el periódico esa idea, si traduce alguna verdad universal, puede transformarse instantáneamente en una idea universal también. ¿Cuánto habría tardado Einstein en otro tiempo para ser popular en el mundo? En estos tiempos, la teoría de la relatividad, no obstante su complicación y su tecnicismo, ha dado la vuelta al mundo en poquísimos años. Todos estos hechos son otros tantos signos del internacionalismo y de la solidaridad de la vida contemporánea.

En todas las actividades intelectuales artísticas, científicas, filantrópicas, morales, etc., se nota hoy la tendencia a construir órganos internacionales de comunicación y de coordinación. En Suiza existen las sedes de más de ochenta asociaciones internacionales. Hay una internacional de maestros, una internacional de periodistas, hay una internacional feminista, hay una internacional estudiantil. Hasta los jugadores de ajedrez, si no me equivoco, tienen oficinas internacionales o cosa parecida. Los maestros de baile han tenido en París un congreso internacional en el cual han discutido sobre la conveniencia de mantener en boga el fox trot o de resucitar la pavana. Se ha echado así las bases de una internacional de los bailarines. Más aún. Entre las corrientes internacionalistas, entre los movimientos internacionalistas, se esboza una que es curiosa y paradójica, como ninguna. Me refiero a la internacional fascista. Los movimientos fascistas son, como sabéis, rabiosamente chauvinistas, ferozmente patrioteros. Ocurre, sin embargo, que entre ellos se estimulan y se auxilian. Los fascistas italianos ayudan, según se dice, a los fascistas húngaros. Mussolini fue una vez invitado a visitar Munich por los fascistas alemanes. El gobierno fascista de Italia ha acogido con simpatía explícita y entusiasta el surgimiento del gobierno filofascista de España. Hasta el nacionalismo, pues, no puede prescindir de cierta fisonomía internacionalista.